

# NEW LEFT REVIEW 90

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2014

## ARTÍCULOS

SUSAN WATKINS La triple torsión de Europa 7

## ENTREVISTA

BHASKAR SUNKARA Proyecto *Jacobin* 30

## ARTÍCULOS

DANIEL FINN Repensar la República de Irlanda 47  
FRANCESCO FIORENTINO La ambición 81  
ENRICA VILLARI El deber 92  
GOPAL BALAKRISHNAN Marx, el abolicionista I 102

## CRÍTICA

VIVEK CHIBBER India irredenta 144  
MICHAEL DENNING Diseño y descontento 152  
BLAIR OGDEN Walter Benjamin 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de  
Educación Superior,  
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

## AMBICIÓN VERSUS DEBER

Publicamos aquí dos sucintos artículos incluidos en una sección de *Il Romanzo*, el análisis de la forma novelística editado en cinco volúmenes por Franco Moretti y publicado por Einaudi entre 2001 y 2003, la sección titulada «El paisaje interior» y dedicada a obras del siglo XIX que ejemplifican el nuevo mapa de las pasiones. Uno de ellos, el estudio de Rossana Rossanda que plantea *El idiota* de Dostoievski como una rara representación de la bondad en la literatura, ya fue publicado en NLR 18. En este número, Francesco Fiorentino y Enrica Villari abordan dos valores opuestos, la ambición y el deber, utilizando como ejemplo clásico de la primera *Rojo y negro*, de Stendhal, y *Middlemarch*, de George Eliot, como ejemplo clásico del segundo. Ninguno de estos textos de notable elegancia requiere por separado una introducción específica. Conjuntamente, sin embargo, ofrecen una aguda ilustración de contrastes dentro del universo moral y político de las letras francesas e inglesas en la época posterior a Waterloo. La admiración de Stendhal —nunca ciega— por la figura de Napoleón, a cuyas órdenes sirvió en Rusia, y el aborrecimiento del orden de la Restauración, se hacen explícitos en la narrativa de su novela. Menos conocidas son sus incisivas opiniones sobre la sociedad inglesa, sobre la cual redactó un estudio sistemático tras la última de sus tres visitas a dicho país, en 1826: todavía controlada por una aristocracia egoísta, una clase media impermeable a cualquier idea no conectada con el beneficio, obreros reducidos a máquinas pensantes, una cultura saturada por las compulsiones del trabajo y la religión —«horrible tristesse de l'Angleterre, une vie pure de joie»— cuya habla generalizada era la jerga. Eliot, cuando ayudaba a editar *Westminster Review*, con la que Stendhal tuvo relación en sus tiempos benthamitas, tradujo a David Strauss, a Feuerbach y a Spinoza. Pero el escepticismo religioso nunca se convirtió en radicalismo político: compartiendo la visión de Carlyle sobre la Revolución Francesa, temerosa de la violencia de las masas en 1848, rechazaba incluso a Manzini, a quien consideraba un conspirador peligroso. En la época de sus grandes novelas, siguió siendo una conservadora cautelosa, que aconsejaba a los trabajadores varones que no intentasen medrar y declinaba cualquier apoyo al sufragio femenino. Para ella la figura de la ambición era un intrigante sin escrúpulos, como el villano personaje de *Romola*. Su antítesis era el modesto sentido del deber, libremente elegido y practicado mejor en la vida personal, que se convierte en la ética de *Middlemarch*. Era una lección compatible con la sociedad victoriana, cuya reina se encontraba entre los admiradores de Eliot. Enrica Villari acaba su interesante reflexión sobre la novela con un pasaje de un defensor francés de la visión que Eliot tenía del mundo, contraponiéndola a la de Zola. El primer crítico que planteó una teoría darwiniana de la evolución literaria, Ferdinand Brunetière, es hoy recordado principalmente por ser uno de los principales defensores del veredicto contra Dreyfus.

FRANCESCO FIORENTINO

## LA AMBICIÓN

### *Rojo y Negro*

**L**A AMBICIÓN FUE durante mucho tiempo objeto de censura, un motivo de vergüenza<sup>1</sup>. No podemos pronunciar la palabra «ambicioso» —escribía La Mothe Le Vayer a mediados del siglo XVII— «sin dejar una mancha sobre la persona de la que hablamos, tan indefectible es su connotación negativa»<sup>2</sup>. En cuanto «desmedida pasión por la gloria y la fortuna» (así la definía el diccionario de Antoine Furetière en 1690), la ambición era concebida como una forma de concupiscencia, no por los bienes materiales (como la avaricia) ni por los placeres sensuales (como la lujuria), sino por el poder y lo que se habría denominado éxito. Su objetivo no era tanto el tener como el ser. Desviaba la atención del único bien real, puesto que (nuevamente de acuerdo con Furetière) «la verdadera ambición solo busca la recompensa de la admisión en el cielo». Cualquier otro tipo era condenado por teólogos y predicadores, en consonancia con los pronunciamientos expresos en la bibliografía patristica y en la *Summa Theologica*.

La reprobación religiosa encontró eco en cierta desconfianza laica. El propio Montaigne, en gran medida impasible ante la ambición, aun reconociendo su intensidad como pasión, no mostró consideración alguna por los efectos de la misma. El rechazo de Charron, por su parte, era explícito<sup>3</sup>. En el Antiguo Régimen, en el que la identidad estaba determinada por el rango, que a su vez estaba determinado por el nacimiento (uno nacía aristócrata, o burgués, al igual que no mucho antes

---

<sup>1</sup> Esta es una traducción de «L'ambizione: *Il rosso e il nero*», incluido en Franco Moretti (ed.), *Il romanzo*, Roma, 2001, vol. 1.

<sup>2</sup> François de La Mothe Le Vayer, *Oeuvres*, París, 1662, vol. 2, p. 88.

<sup>3</sup> Michel de Montaigne, «La historia de Espurina», en *Ensayos completos*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003; Pierre Charron, *De la Sagesse*, París, 1607, pp. 118-123.

podría haber nacido siervo), la ambición era tabú porque alimentaba un impulso contrario al orden natural y a la voluntad divina. Quienes la deploraban, clérigos o seglares, coincidían en que su principal síntoma era una especie de fiebre ávida, una agitada tensión nerviosa que consumía la vida. A comienzos del siglo XVIII, el gran predicador Massillon dio voz elocuente a este diagnóstico:

La ambición, ese insaciable deseo de elevarse por encima de otros, e incluso un regocijo por la caída de otros, ese gusano en el corazón que le roba la paz; esa pasión que suscita toda intriga y conmoción de la mente, que instiga la revolución en los países y diariamente exhibe al mundo nuevos espectáculos, que se atreve a todo y no cuesta nada, condena a la infelicidad a quien por ella está poseído<sup>4</sup>.

Mientras la novela europea describió solo las pasiones heroicas y las aventuras de la movilidad geográfica –no social–, la ambición no podía constituir una virtud moral de sus protagonistas. Si eran jóvenes, estaban, en todo caso, agitados por otros sentimientos. Pascal, *La Rochefoucauld* y *La Bruyère* coincidían en que la ambición era una pasión de viejos. La antropología de los sentimientos del siglo XVII (a este respecto, también muy distinta de la del siglo XIX) esperaba que los jóvenes se dedicasen al amor. Tanto el decoro como la verosimilitud tendían en consecuencia a excluir la ambición de las novelas. Pero la sociedad y la literatura de la época no podían condenarla sin apelar a una virtud que permitiese una sublimación cristiana y aristocrática de acciones y aspiraciones por lo demás reprobables: los héroes se volvieron «magnánimos»<sup>5</sup>.

### *El ascenso de los arribistas*

El siglo XVIII contempló, como sabemos, la erupción de nuevos protagonistas e ideas en las novelas inglesas y francesas: ya no trataban de pobres pícaros enfrentados a las peripecias de la supervivencia, ni de príncipes que ponían sus conquistas a los pies de la amada, sino de jóvenes de extracción campesina, atractivos para las mujeres, capaces y ansiosos de ascender

<sup>4</sup> Jean-Baptiste Massillon, «Sermons», en *Oeuvres Choiesies*, París, 1868, vol. 2, p. 438.

<sup>5</sup> Teorizada primero por Aristóteles, la magnanimidad era –como observaba René-Antoin Gauthier– «un ideal específicamente pagano, opuesto al ideal cristiano de la humildad», que sería combinada con ella, sin embargo, «por Santo Tomás de Aquino, en un asombroso golpe de genialidad» (René-Antoin Gauthier, *Magnanimité*, París, 1951, p. 489). Con ejemplar habilidad jesuita, el renombrado padre Galluzzi sostenía que «la humildad es el reverso de la magnanimidad, no su opuesto». Véase Marc Fumaroli, *Héros et orateurs: Rhétorique et dramaturgie cornéliennes*, Ginebra, 1996.

en la jerarquía social. El *paysan parvenu* de Marivaux, Jacob, sería el primero de una infinita línea de provincianos que consiguen llegar a París para «mejorar y ser alguien»<sup>6</sup>. Un siglo después, Julien Sorel y Lucien de Rubempré tendrán un objetivo similar. Pero Jacob, aun siendo un próspero trepador social, no está representado como un ambicioso: carece del ansia febril y de la astucia estratégica del tipo. El punto de inflexión en su vida se produce por azar. Sale en defensa de alguien atacado en la calle por tres asaltantes, inconsciente de que se trata del conde D'Orsan, sobrino del primer ministro. Actúa por un impulso generoso, y es recompensado precisamente por ser inocente de cálculo alguno. La completa rehabilitación de la ambición está aún lejos. En los protagonistas de las novelas de la segunda mitad del siglo, de hecho, a menudo la ambición mutará en una búsqueda de reforma moral de la sociedad. Dichos protagonistas –la *Nouvelle Heloise* es un ejemplo– parecen haber perdido la espontaneidad de Jacob, su vitalidad campesina libre de neurosis. En esta narrativa, quien está excluido de la buena sociedad no busca una posición en ella: pone en duda los principios en los que se basa dicha sociedad.

Fue la Revolución la que redimió la ambición. Hérault de Séchelles, miembro del Comité de Seguridad Pública, fue autor de una colección de máximas, en el espíritu de Chamford o Laclous, publicada en 1802, ya fallecido el autor, con el título de *Teoría de la ambición*<sup>7</sup>. Para entonces, la ambición había encontrado su protagonista emblemático. No solo había llegado un provinciano de la pequeña nobleza al cargo de emperador de los franceses, sino que toda una generación de talentos había encontrado recompensas muy superiores a los más desafortunados sueños posibles en el pasado: sus hermanos y generales, Bernadotte y Murat, se convertirían en reyes. La trayectoria de Napoleón legitimaba todas las aspiraciones. Cuando él cayó, la Restauración se dedicó a reprimir el lamento de una generación de Juliens Sorels por la desaparición de las oportunidades que sus padres habían disfrutado. La ambición se volvió subversiva. Pero su condena fue tan breve como la propia Restauración. Pronto se transformó en uno de los principios en los que se basaría la sociedad liberal. Dejó de ser el estigma de un alma innoble para convertirse en un don del que el propio Estado podía beneficiarse. Hasta

---

<sup>6</sup> Pierre de Marivaux, *Le paysan parvenu* [1735-1736, inacabada], parte V. Los historiadores de la Francia del siglo XVIII coinciden en que, lejos de aumentar, el ascenso social a las filas de la nobleza descendió de hecho durante este periodo: hacían falta al menos cuatro generaciones para conseguirlo. La literatura no reflejaba esta sociedad, en el mejor de los casos, articulaba sus esperanzas y temores.

<sup>7</sup> Edición más reciente: Hérault de Séchelles, *Théorie de l'ambition*, París, 2005.

su degeneración podía ser redimida, sostenía el más lúcido y coherente teórico francés del liberalismo:

La corrupción que nace de maquinaciones ambiciosas es mucho menos fatal que la derivada de cálculos innobles. La ambición es compatible con mil cualidades generosas: probidad, valentía, imparcialidad e independencia. La avaricia, con ninguna. No podemos excluir a los hombres ambiciosos de los cargos públicos; pero mantengamos a distancia a los avariciosos<sup>8</sup>.

### *Un nuevo modo novelístico*

La novela del siglo XIX se convirtió, en paralelo, en el género literario apto por naturaleza para representar la ambición triunfante en un universo burgués. Había evidentes razones ideológicas para ello, puesto que el sentimiento democrático aportaba energía para el dinamismo de esta sociedad posrevolucionaria, así como uno de los mejores puntos de observación para registrar la resistencia de la realidad al deseo individual. Pero estaba también en funcionamiento una lógica narrativa eminentemente técnica. La ambición es una pasión antilírica, que requiere giros y cambios repentinos: produce relatos. De esta conjunción surgió una forma de narrativa verdaderamente nueva: junto con la novela de amor más tradicional, apareció la novela sobre la ambición. *Rojo y negro* puede considerarse su inauguración.

La famosa interpretación de la novela efectuada por René Girard dio por primera vez visibilidad a la importancia fundamental de Napoleón en el texto<sup>9</sup>. Es el ejemplo de la trayectoria napoleónica lo que anima a Julien en sus ambiciones y lo sostiene en la dura disciplina necesaria para hacerlas realidad. La lejanía entre Napoleón y el espacio del protagonista (en términos de Girard, es un mediador externo, no interno) da al joven un toque de quijotismo: a la sombra de un modelo tan desproporcionado, a menudo parece incongruente, incluso ridículo. Al mismo tiempo, sin embargo, lo libera de cualquier mezquindad. Puede que la grandeza del mediador externo dificulte la percepción de la realidad por parte del protagonista, pero también establece un prototipo elevado en su batalla con dicha realidad.

El ejemplo de Napoleón se le aparece a Julien en los momentos decisivos de su vida. Hace que rechace, en consecuencia, la propuesta de su

---

<sup>8</sup> Benjamin Constant, *Principes de politique*, París, 1815, p. 52.

<sup>9</sup> René Girard, *Mensonge romantique et vérité romanesque*, París, 1961.

amigo Fouqué de abandonarlo todo y retirarse al campo por la idea de que pronto va a cumplir veintiocho años, una edad en la que «Bonaparte había realizado sus mayores hazañas». Estas fechas límite impuestas a sí mismo tienen fuerza coercitiva para Julien. Atento a Napoleón, su ambición asume el chantaje del tiempo. En el jardín de Vergy, inspirado de nuevo por su héroe –y sin mayor enemigo que una encantadora e indefensa dama de provincias–, Julien resuelve tomar de la mano a la señora de Rênal, imponiéndose un reto a sí mismo: «En el momento exacto en el que el reloj marque las diez, haré realidad lo que llevo todo el día prometiéndome a mí mismo hacer esta noche; o subiré a mi cuarto y me volaré los sesos». A las diez, no puede esperar más. La velocidad del ascenso del emperador ha acortado su longevidad. Quienes son jóvenes en una sociedad posrevolucionaria –la juventud moderna– deben realizar sus ambiciones de inmediato, antes de envejecer. Si no, se producen fracasos.

La novela de Stendhal sitúa en primer plano la función esencial del tiempo en los relatos sobre la ambición: no solo del futuro, sino también del pasado, con el que aquellos que prosperan –los *parvenus*– se ven casi siempre atrapados en una relación intensa y perversa. El pasado debe ser enmascarado o mistificado, por constituir una amenaza para el presente. Los vestigios de una condición más humilde no pueden sino poner en peligro las posiciones más elevadas que estos personajes han alcanzado. Es una ley inexorable del ascenso social: el pasado constituye una carga, el peso de una condición inferior que se debe olvidar y, ante todo, conseguir que los demás olviden.

Pero, como señalaba Georges Blin, Julien es atípico a este respecto<sup>10</sup>. No reprime el pasado. Puede decirle a Mathilde: «No piense, señorita de La Môle, que he olvidado mi posición en la vida. Le haré entender y sentir que está usted traicionando a un Croisenois por el hijo de un aserrador». Lo que algunos especialistas en Stendhal han denominado complejo de inferioridad<sup>11</sup> deriva –como dice Mathilde– de su «vivo e innato sentido de las distinciones sociales», que constantemente hiere su orgullo, haciéndole intolerable cualquier ocultamiento de la desigualdad. Para Julien, discípulo de Rousseau (a quien puede incluso criticar por su condescendiente debilidad por los aristócratas), el mundo está dividido en clases antagonistas.

<sup>10</sup> George Blin, *Stendhal et les problèmes de la personnalité*, París, 1958, tomo 1, pp. 191-205 y en particular p. 199. Es recomendable leer todo el capítulo titulado «Se voir inférieur», un insuperado análisis de esta constante stendhaliana.

<sup>11</sup> Empezando por René Schwob, «Notes sur Stendhal», en *Revue Hebdomadaire*, 29 de julio de 1939.

«Ella es buena y dulce –se dice a sí mismo de la señora de Rênal–, siente un vivo afecto por mí, pero ha crecido en el bando de los enemigos. Deben temer sobre todo a los hombres valientes, que, tras una educación decente, carecen del dinero necesario para hacer carrera». En el discurso que pronuncia ante el jurado, reconoce que pertenece a la sección más peligrosa de los «plebeyos»: aquellos que tienen acceso a la cultura, pero no al privilegio. Es a un tiempo un individuo ambicioso y un solitario héroe de la lucha de clases. No quiere encajar, sino ganar. Tras una hipócrita fachada de intachables buenos modales acecha el fuego de la sedición.

Hasta que piensa que ha llegado, Julien –a diferencia de aquellos que en diversas calidades se sienten rebajados al tratar con él– no oculta sus orígenes modestos. El caballero de Beauvoisis no puede admitir que se bate en duelo con un criado; debe fingir que su rival es hijo natural de un amigo del marqués. A su vez, mientras se preparan para convertirse en parientes suyos, el marqués y Mathilde deben borrar el pasado de Julien. Y de ese modo, con un conjuro que solo los poderosos pueden efectuar, Julien Sorel se transforma en el señor caballero Julien Sorel de La Vernaye, y después simplemente en señor de La Vernaye. «Cómo te agradezco, querido padre —comenta Mathilde— que me hayas rescatado del nombre de Sorel». El hijo del aserrador se convierte en hijo de nadie; no solo se trata de un certificado de nacimiento menos comprometedor que la realidad social de su origen, sino también más cercano a la realidad moral de su nueva condición, mientras que él empieza a dudar de si será realmente hijo de su padre.

Julien no puede, sin embargo, escapar de una inexorable ley de la ambición: los orígenes humildes siempre acarrearán el riesgo de que un pasado indecoroso pueda resurgir y deshacer el brillante presente. Su caída se producirá cuando el espacio-tiempo de sus provincianos comienzos en la vida interfiera con el de su éxito material: por la carta que la señora de Rênal le envía al marqués de La Môle.

### *Cálculo*

En la ambición, el futuro –entendido ante todo como la capacidad de predecir y calcular– desempeña una función aún más esencial que el pasado. Cada movimiento encuentra su razón de ser en la contemplación de los movimientos futuros. Un paso erróneo puede arruinar para siempre –o, en cualquier caso, durante mucho tiempo– las oportunidades de avanzar,



devolviendo al participante a la primera casilla. La ambición presenta su aspecto más feroz en dichos cálculos, y Julien solo sigue despertando simpatía porque parece inocente de ellos. La modestia de su punto de partida es tan desproporcionada respecto a sus aspiraciones que estas son necesariamente muy nebulosas («las acciones más heroicas», «hacer cosas extraordinarias»), puesto que es imposible especificar cualquier ruta que conecte dos extremos tan distantes. Otros personajes ambiciosos de la novela –Valenod, Frilair, los seminaristas– tienen objetivos claros y cercanos. Quieren ser alcaldes, obispos, curas de parroquias ricas, y despliegan tácticas adecuadas para alcanzar dichos objetivos. Por el contrario, Julien percibe atisbos de un futuro mejor mediante la fantasía, no mediante el cálculo. Sus acciones parecen guiadas bien por una emulación imposible de Napoleón, bien por una delicadeza de mente que lo lleva a preferir a los mejores entre quienes le rodean, aunque no sean los más capaces de ayudarlo. En el seminario elige, en consecuencia, de confesor al austero abate Pirard, y no al intrigante Castanède, el ayudante que priva a Pirard de autoridad. Esa elección nunca será revocada, aunque pronto demuestra ser un error que lo expone a la persecución. Pero si observamos más de cerca, demuestra no ser en absoluto un error, puesto que gracias a Pirard –a pesar de toda su austeridad, también un *parvenu*– Julien acabará ocupando el puesto de secretario del marqués de La Môle. La elección de Pirard estaba, de hecho, en consonancia con sus aspiraciones, que difieren completamente de sus compañeros seminaristas, muertos de hambre que sueñan con una parroquia humilde en la que poder establecerse, que deben congraciarse –y saben cómo– con los Castanèdes y los Frilairs, a quienes son moral y pragmáticamente afines. Aunque Julien se esfuerza también por agradecerlos, no lo consigue. Su elección de Pirard resulta un gesto productivo, porque es congruente con los elevados objetivos que se ha impuesto a sí mismo. *Rojo y negro* nos demuestra que diferentes tipos de ambición, que exigen elecciones mutuamente incompatibles, pueden coexistir unas junto a otras; que los velocistas pueden compartir la misma pista que los corredores de media distancia, pero no la misma carrera.

En consecuencia, a pesar de que parece no hacerlo, Julien está calculando. El peso del futuro sobre su presente solo aparece en toda su crudeza cuando debe renunciar a cualquier ambición. En la cárcel, la perspectiva de una sentencia de muerte resuelve sus expectativas: «Una a una, hubo de arrancar de su corazón cada una de las esperanzas de su ambición con las fatídicas palabras: voy a morir». La prerrogativa de dejar de perseguir un objetivo –la abolición del futuro– le aligera el

corazón: «Ya no me queda nada que hacer en la tierra», se dijo Julien, y cayó en un profundo sueño». Por primera vez es devuelto a la plenitud del presente: «La vida no le resultaba en absoluto tediosa, lo veía todo bajo una nueva luz, y ya no sentía ambición alguna. Raramente pensaba en la señorita de La Môle». La desaparición de la ambición con la cercanía de la muerte libera a Julien y le permite acceder a la sinceridad.

Quizá sea exactamente el deseo de una ligereza de corazón, alcanzable solo mediante el rechazo de la ambición, lo que explica en parte el intento de matar a la señora de Rênal, cuya motivación parece, de lo contrario, incoherente e inadecuada en la novela. Porque un gesto tan extremo contradice cualquier cálculo. Tras la carta enviada por ella, Julien aún podría haber superado la resistencia del marqués presionando a través de una Mathilde afligida y embarazada. Podría haber negociado una boda apresurada o, al menos, una gran suma de dinero y un discreto traslado a otra parte. Por supuesto, una vez puesta en peligro su posición por la acusación de aventurero que hace su examante, serían necesarios esfuerzos mucho mayores incluso que los del pasado, no ya para adquirir posiciones, sino para recuperarlas, no para progresar, sino sencillamente para no volver a caer. Los regalos del marqués de La Môle a su futuro yerno, que debían procurarle respetabilidad, ya lo han transformado de hecho: «Una fortuna tan imprevista y sustancial para un hombre tan pobre lo hizo ambicioso». Por un golpe de suerte, el hijo de un aserrador, sin ubicación social segura, se ha unido al bando de los privilegiados, y su ambición ha experimentado una alteración. El «Todo está perdido» con el que la carta de Mathilde le informa de las reacciones del padre es entonces moral y material. Al disparar contra la señora de Rênal, Julien se libera a sí mismo de una vez por todas de la responsabilidad de su futuro, y de hacer nuevos cálculos.

### *El final de Julien*

De acuerdo con Michel Crouzet:

Julien se rebajaría a sí mismo si meramente desease algo y lo obtuviese. Suya es la ambigüedad de una ambición sin término positivo, que parece exigir desagravio a una insoportable inferioridad social, en revuelta contra el «horror del desdén», pero que debe despreciar todo lo que delate su propia inferioridad y la superioridad de otros, y todas las ventajas que ellos poseen y él debería exigir. Cuando el juicio llega, ni siquiera quiere deberles la vida a otros<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Michel Crouzet, *Le Rouge et le Noir: Essai sur le romanesque stendhalien*, París, 1995, p. 121.

¿Es la de Julien, por lo tanto, una ambición carente de objeto? ¿Podría constituir un mero impulso de corregir la carencia original que deberá permanecer irremediabilmente insatisfecha para siempre? Su ambición parece ser, de hecho, producto del orgullo, y agotarse con la conquista de una posición en la que él no necesita temer la burla de los demás. Siempre corre, por lo tanto, el riesgo de la contradicción en sí misma: al exigir el desagravio de una inferioridad, acaba por reconocerla como tal. Si bien podría parecer que esa búsqueda de respeto deja a un lado las cosas materiales, en la realidad social (y en la novela «realista» que pretende representarla) una posición que atrae dicho respeto no es mera cuestión de actitud moral: depende también de la posesión de bienes materiales y privilegios. En la medida en que la renta de Julien se limita a un generoso salario y el prestigio deriva de servir a una familia noble, no hay base suficiente para eso. Pero con un cargo militar, tierras propias, veinte mil francos al año y un nombre aristocrático –además de la perspectiva de casarse con Mathilde–, está garantizado. Julien ha conseguido lo que quería. El final del capítulo xxxiv de la segunda parte es explícitamente una conclusión:

Después de todo, pensó, mi novela está acabada y el mérito es solo mío. He logrado hacerme amar por este monstruo del orgullo –añadió mirando a Mathilde–; su padre no puede vivir sin ella, y ella no puede vivir sin mí.

Bajo esta fría luz se muestra la cruel complacencia del hombre ambicioso, que trata a los otros como meros medios, desprovisto de sentimientos y que se aprovecha de los sentimientos de los demás. Si la novela hubiese terminado aquí, Julien habría sido un trepa social con cierto encanto y pocos escrúpulos, que obtiene lo que desea: todo menos «un arribista que nunca arriba», en una fórmula que gusta a los stendhalianos. Y a su modo habría sido un final feliz.

«Mi novela está acabada»: en la conclusión de su *Bildungsroman*, Julien emplea prácticamente las mismas palabras que Waverley. Para el protagonista de la novela de Walter Scott, marcan el final de la juventud y de la irresponsabilidad<sup>13</sup>. En el caso de Julien, declaran el logro de una posición social. En cuanto piensa que ha llegado, la ambición se convierte en conformismo y su historia pierde potencial novelístico. Esta es en cierta medida la diferencia entre la novela histórica y la realista (y quizá también entre la novela inglesa del siglo XIX, «más moral», y la francesa, «más amoral»).

---

<sup>13</sup> «Nuestro viaje ha acabado»: véase Enrica Villari, «Romance and History in Waverley», en Franco Marucci y Emma Sdegno (eds.), *Athena's Shuttle: Myth, Religion, Ideology from Romanticism to Modernism*, Milán, 2000, pp. 106-107.

El verdadero final real de *Rojo y negro*, sin embargo, invierte la postura moral del protagonista. En la cárcel, Julien abandona las ambiciones y asume la sinceridad de sentimientos y relaciones. Si no «llega» a nada es porque ha perdido los deseos de un *arriviste*, que ahora le parecen inferiores. Ante nosotros no se encuentra tanto un vestigio de la antigua incompatibilidad de la ambición con la moral como la prefiguración de una nueva incompatibilidad, que marca la novela futura. Lo que resultará irreconciliable es la entronización general de la ambición como sentimiento prosaicamente pequeñoburgués, socialmente fomentado y compartido por igual por los Juliens, los Valenods y los seminaristas, y la legitimación literaria de esa apoteosis.